

— Señora, — dijo Mayneville, — estoy á vuestras órdenes.

Y dirigiéndose al balcón, entreabrió las persianas, asomó la cabeza y procuró ver hacia fuera.

— ¡ Oh, qué noche tan oscura ! — exclamó.

— Buena, excelente noche, — replicó la duquesa ; — cuanto más oscura mejor ; así pues, ¡ ánimo, mi capitán !

— Sí, pero no veremos nada, señora, y sin embargo, os importa mucho ver.

— Dios, cuyos intereses servimos, ve por nosotros, Mayneville.

Éste, que al parecer no era tan confiado como madama de Montpensier en la intervención de Dios en negocios de este género, volvió á asomarse al balcón, y mirando de la manera que podía hacerlo en la obscuridad, permaneció inmóvil.

— ¿ Ves pasar gente ? — preguntó la duquesa apagando las luces por precaución.

— No, pero oigo pasos de caballos.

— Ea, ellos son, Mayneville : todo va bien.

Y la duquesa miró si llevaba todavía colgado á la cintura el famoso par de tijeras de oro que tan gran papel debía representar en la historia.

III.

Como don Modesto Gorenflot bendijo al rey á su paso por delante del priorato de los Dominicos

Ernautón salió con el corazón oprimido, pero con la conciencia bastante tranquila ; pues había tenido la singular dicha de declarar su amor á una princesa, y de hacer olvidar con la conversación importante que se suscitó en seguida, esa declaración, para que no le perjudicase en el presente, y para que pudiese serle provechosa en lo venidero.

No se limitó á esto su fortuna ; había logrado

también no comprometer al rey, ni al señor de Mayenne, ni á sí propio; por lo que estaba contento, si bien deseaba aun muchas cosas, y entre estas, volver pronto á Vincennes, para informar al rey, y después acostarse y reflexionar, porque para los hombres de acción el reflexionar es la felicidad suprema, el único descanso que se permiten.

Así pues, apenas se halló fuera de Bel-Esbat metió espuelas al caballo; pero aun no había corrido cien pasos al galope de aquel compañero tan experimentado hacia algunos días, cuando se vió interrumpido repentinamente en su carrera por un obstáculo que sus ojos, deslumbrados por la luz de Bel-Esbat y todavía mal habituados á la obscuridad, no habían podido percibir y no podían calcular.

Este obstáculo no era ni más ni menos que un cuerpo de caballería que, tendido en dos alas y cerrándose en medio del camino por ambos lados, lo rodearon y le pusieron al pecho media docena de espadas y otras tantas pistolas y dagas, lo cual era demasiado para un hombre solo.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — exclamó Ernaudón — ¿ qué es esto ? ¿ Se roba en el camino á una legua de la capital ? Reniego de semejante país. Muy mal

preboste tiene el rey; yo le aconsejaré que tome otro.

— ¡ Silencio ! — dijo una voz que Ernaudón creyó reconocer, — entregad pronto vuestra espada y vuestras armas.

Un hombre tomó la brida del caballo y otros desarmaron á Ernaudón.

— ¡ Diablo ! Esta gente sabe tomar bien sus precauciones, — dijo Ernaudón en voz baja.

Y volviéndose después á los que le detenían, añadió :

— Señores, á lo menos me haréis el favor de decirme...

— ¡ Pardiez ! Es el señor de Carmainges, — dijo el asaltante principal, el mismo que acababa de quitar la espada á Ernaudón, y que aun la tenía en la mano.

— ¡ Señor de Pincorney ! — exclamó Ernaudón. — ¡ Oh ! ¿ Cómo os habéis dedicado á tan villano oficio ?

— He dicho silencio, — repitió el jefe que se hallaba á pocos pasos de distancia; — conducid á ese hombre al depósito.

— Pero, señor de Sainte-Maline, — dijo Perducas

iii.

29995

5
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

de Pincorney, — este hombre que acabamos de prender...

— ¿Qué?

— Es nuestro compañero, el señor de Carmainges.

— ¡Ernautón aquí! — exclamó Sainte-Maline pálido de cólera. — ¿Qué hace aquí?

— Buenas noches, señores, — dijo Carmainges tranquilamente, — confieso que no creía hallarme en tan buena compañía.

Sainte-Maline permaneció mudo.

— Parece que se trata de prenderme, — continuó Ernautón, — pero no presumo queráis robarme.

— ¡Diablo! ¡diablo! — dijo gruñendo Sainte-Maline: — el suceso no estaba previsto.

— Por mi parte os juro que no lo estaba, — dijo Carmainges riendo.

— Es un verdadero apuro... Pero en fin, sepamos qué hacíais en el camino.

— Si os hiciera yo esa pregunta, señor de Sainte-Maline, ¿me contestaríais?

— No.

— En ese caso permitidme que obre como vos obraríais.

— ¿Conque no queréis decir lo que hacíais en el camino?

Ernautón se sonrió, pero no contestó.

— ¿Ni adónde ibais?

Tampoco respondió.

— Entonces, señor, — dijo Sainte-Maline, — puesto que no os explicáis, me veo obligado á trataros como á un hombre vulgar.

— Haced lo que gustéis, señor, solo os advierto que responderéis de lo que hayáis hecho.

— ¿Al señor de Loignac?

— A persona más alta.

— ¿Al señor de Eperón?

— Más alta que eso todavía.

— Enhorabuena; yo tengo mi consigna, y voy á enviaros á Vincennes.

— Que me place; precisamente allí me dirigia, señor.

— Me alegre mucho, — dijo Sainte-Maline, — de que este corto viaje esté conforme con vuestras intenciones.

Dos hombres, pistola en mano, se apoderaron al punto del prisionero, que condujeron y entregaron á otros dos hombres colocados á quinientos pasos de

los primeros. Éstos hicieron lo mismo, y Ernaudón pudo así, hasta hallarse en el mismo patio del castillo, disfrutar del placer de verse constantemente entre sus camaradas.

En este patio vió Carmainges cincuenta jinetes desarmados, que, pálidos y cabizbajos, rodeados por ciento cincuenta caballos ligeros que venían de Nogent y de Brie, deploraban su mala estrella y esperaban un desenlace fatal de una empresa tan bien comenzada.

Todos esos hombres habían sido cogidos por nuestros famosos Cuarenta y Cinco, que de aquel modo habían inaugurado sus funciones, empleando unas veces la astucia y otras la fuerza; tan pronto unéndose diez contra dos ó tres, tan pronto aproximándose amistosamente á los que tenían por temibles y presentándoles á quema ropa la pistola, cuando los otros creían encontrar simplemente á camaradas y recibir de su parte alguna muestra de su cortesanía.

Resulta, pues, de esto que no se había dado un combate, ni proferido un grito, y que en un encuentro de ocho contra veinte, un jefe de la Liga que había llevado la mano á su puñal para defenderse y

abierto la boca para gritar, había sido casi ahogado y escamoteado por los Cuarenta y Cinco con la agilidad que emplea la tripulación de un buque en largar un cable entre los dedos de una cadena de hombres.

Mucho hubiera alegrado á Ernaudón semejante cosa si la hubiera conocido; pero veía y no comprendía, lo cual no dejó de amargar algún tanto su existencia durante diez minutos. Sin embargo, luego que reconoció á todos los prisioneros á quienes se le agregaba, dijo á Sainte-Maline:

— Señor, veo que os habíais hecho cargo de la importancia de mi misión, y que, á fuer de galante compañero, temiendo sin duda que tuviese yo algún mal encuentro, os dignasteis darme una escolta; en efecto, puedo ya decíroslo, teníais mucha razón; el rey me espera, y tengo que decirle cosas muy importantes. Añadiré también que, como sin vos no hubiera llegado probablemente, tendré el honor de decir al rey lo que habéis hecho por su mejor servicio.

Sainte-Maline se ruborizó como antes había palidecido; pero comprendió, como hombre perspicaz que era cuando no le cegaba alguna pasión, que

Ernautón decía verdad y que le esperaban; sabiendo por otra parte que nadie se burlaba de los señores de Loignac y de Eperón, se contentó con responder:

— Estáis en libertad, señor de Ernautón, y me alegro de haberos prestado el servicio que decís.

Ernautón se lanzó fuera de las filas y subió la escalera que conducía á la cámara del rey.

Sainte-Maline le había seguido con la vista, y á la mitad de la escalera pudo ver á Loignac que recibía al señor de Carmainges y le hacía señas que continuase su camino.

Loignac bajó la escalera; venía á proceder al despojo de la presa.

Resultaba, pues, y Loignac fué quien aprobó el hecho, que el camino, libre ya, merced al arresto de los cincuenta hombres, lo estaría hasta el día siguiente, puesto que había pasado la hora en que aquellos cincuenta hombres debían hallarse reunidos en Bel-Esbat.

Así pues, la vuelta del rey á París no ofrecía peligro alguno; pero Loignac contaba sin la huéspeda, es decir, sin el convento de los Dominicos y sin la artillería y la mosquetería de los reverendos padres,

de todo lo cual estaba Eperón perfectamente informado por Nicolás Poulain, de modo que cuando Loignac vino á decir á su jefe:

— Señor, los caminos están libres,

Replicó el duque:

— Está bien. La orden del rey es que los Cuarenta y Cinco se dividan en tres pelotones: uno marchará delante y uno á cada lado de las portezuelas, pero advirtiéndole que el pelotón ha de ir muy estrechado para que el fuego, si lo hay por casualidad, no llegue al coche.

— Muy bien, — respondió Loignac con la impasibilidad del soldado; — pero en cuanto al fuego, como no veo mosquetes, no preveo los mosque-tazos.

— Al pasar por el convento mandad estrechar las filas, — dijo Eperón.

Este diálogo fué interrumpido por el movimiento que había en la escalera. Era el rey que bajaba dispuesto á marchar: seguíanle algunos gentiles-hombres, entre los cuales reconoció Sainte-Maline con disgusto á Ernautón de Carmainges.

— Señores, — preguntó el rey, — ¿están ya reunidos mis bravos Cuarenta y Cinco?

— Sí, señor, — respondió Epernón mostrándole un grupo de soldados que se percibía confusamente debajo de las bóvedas.

— ¿ Están dadas las órdenes ?

— Y serán cumplidas, señor.

— Pues partamos, — dijo S. M.

Loignac mandó tocar bota-sillas.

Habiéndose pasado lista en voz baja, se halló que estaban presentes los Cuarenta y Cinco, sin faltar ninguno.

Confióse á los caballos ligeros el cuidado de custodiar á los soldados de Mayneville y de la duquesa, con prohibición explícita, so pena de muerte, de dirigirles una sola palabra.

El rey subió al coche y colocó á un lado su espada desenvainada. El duque, después de echar unos cuantos votos y juramentos, se puso á probar si la suya jugaba bien en la vaina.

En aquel momento dieron las nueve, y la tropa se puso en marcha.

Una hora después de la partida de Ernautón, aun estaba el señor de Mayneville asomado al postigo del balcón, desde donde le hemos visto intentar, aunque inútilmente, seguir los pasos del joven en medio de

la obscuridad de la noche ; pasada aquella hora, se sintió menos tranquilo, y, sobre todo, algo más inclinado á esperar el socorro de Dios, porque comenzaba á creer que le faltaría el de los hombres.

Ni uno solo de sus soldados había acudido ; el camino, silencioso y obscuro, resonaba solamente á grandes intervalos con el ruido de algunos caballos que se dirigían á toda brida á Vincennes. Al oír este ruido, el señor de Mayneville y la duquesa se impacientaban mirando en la obscuridad, queriendo reconocer á su gente, adivinar parte de lo que pasaba, ó saber la causa de aquella tardanza ; pero, extinguido aquel ruido, todo volvía á quedar en el mismo silencio.

Semejante estado de cosas acabó por inspirar á Mayneville tal inquietud, que mandó montar á caballo á uno de los criados de la duquesa con orden de informarse del primer pelotón que encontrase.

El mensajero no había vuelto, y notándolo la impaciente duquesa, envió otro que tampoco regresó.

— Nuestro oficial, — dijo entonces la duquesa, siempre dispuesta á ver las cosas por el lado bueno, — habrá temido no tener bastante gente, y detiene

á propósito á cuantos le enviamos, medida que, aunque prudente, nos pone en cuidado.

— Sí, señora, en mucho cuidado, — respondió Mayneville haciendo un movimiento para salir.

— ¡ Os lo prohibo ! — exclamó la duquesa deteniéndole. — ¡ Qué se quedaría á mi lado ? ¡ Quién conocería á todos nuestros oficiales, á todos nuestros amigos cuando llegase el momento ? No, no, quedaos, Mayneville ; cuando se trata de un secreto como el nuestro, la imaginación se pierde en mil aprehensiones muy naturales ; pero estando tan bien combinado el plan, y sobre todo habiéndose guardado sobre él tan profundo secreto, no debemos dudar de su buen éxito.

— ¡ Las nueve ! — dijo Mayneville respondiendo á su propia impaciencia, más bien que á las palabras de la duquesa : — mirad á los frailes que salen ya de su convento y se forman á lo largo de las tapias del patio ; tal vez hayan recibido algún aviso particular.

— ¡ Silencio ! — exclamó la duquesa extendiendo la mano hacia el camino.

— ¡ Qué hay ?

— ¡ Silencio ! ¡ Escuchad !

Comenzaba á oirse á lo lejos cierto ruido sordo semejante al del trueno.

— ¡ Es la caballería ! — gritó la duquesa. — ¡ Nos le traen, nos le traen !

Y pasando, según su carácter arrebatado, de la más cruel angustia á la más loca alegría, se puso á palmotear repitiendo :

— ¡ Ya le tengo ! ¡ Ya le tengo !

Mayneville siguió escuchando, y dijo al cabo de un rato :

— Sí, sí, es el ruido de un coche y de caballos que vienen al galope.

En seguida se puso á mandar en voz alta :

— ¡ Fuera de las tapias, padres, fuera de las tapias !

Abrióse al punto precipitadamente la principal reja del priorato, y salieron en muy buen orden los cien frailes armados, á cuya cabeza marchaba Borromeo.

Luego que se situaron en el camino, se oyó la voz de Gorenflot que gritaba :

— ¡ Esperadme ! esperadme !

— ¡ En el balcón, señor prior, en el balcón ! — le contestó Borromeo, — puesto que debéis domi-

narnos á todos. La Sagrada Escritura dice: « Los dominarás como el cedro domina al hisopo. »

— Es cierto, — dijo Gorenflot, — es cierto; ya no me acordaba de que habia escogido este puesto; pero afortunadamente ahí estáis vos para avisarme, hermano Borromeo.

Éste dió una orden en voz baja, y al punto cuatro hermanos, so pretexto de honor y ceremonia, fueron á acompañar al digno prior á su balcón.

El camino, que hacia un recodo á cierta distancia del priorato, se vió iluminado con multitud de antorchas, merced á las cuales la duquesa y Mayneville pudieron ver relucir corazas y espadas.

No pudiendo contenerse la primera, gritó:

— Bajad, Mayneville, y traedme lo atado y bien escoltado, ¿ lo entendéis ?

— Sí, sí, señora, — dijo Mayneville distraído; — pero una cosa me inquieta.

— ¿Cuál?

— No oigo la señal convenida.

— ¿Qué falta hace la señal si ya le han cogido?

— Es que no debían prenderle hasta aquí delante del priorato, — insistió Mayneville.

— Habrán hallado más lejos mejor ocasión.

— No veo á nuestro oficial.

— Yo sí.

— ¿Dónde?

— Aquel plumero rojo...

— ¡Diablo!

— ¿Qué?

— ¡Aquél plumero!

— ¿Y qué?

— ¡Es el señor de Eperón! Es el señor de Eperón que camina con espada en mano.

— Le han dejado su espada.

— ¡Voto á Cribas! Viene mandando.

— ¿Á los nuestros? ¿Luego ha habido traición?

— ¡Ah! señora, no son los nuestros.

— ¿Estáis loco, Mayneville?

En aquel momento Loignac, que marchaba al frente del primer pelotón de los Cuarenta y Cinco, gritó agitando su acero:

— ¡Viva el rey!

— ¡Viva el rey! — respondieron con su formidable acento gascón los Cuarenta y Cinco.

La duquesa se puso pálida, y estuvo á punto de desmayarse.

Mayneville echó mano á la espada creyendo que

aquellos hombres invadirían la residencia de Bel-Esbat.

La comitiva seguía avanzando como un torbellino de ruido y de luz. Había ya pasado á Bel-Esbat, é iba á llegar al priorato.

Borromeo dió tres pasos, y Loignac dirigió su caballo hacia aquel fraile que parecía, con su hábito de buriel, ofrecerle el combate; pero Borromeo, como hombre prudente, vió que todo estaba perdido, y tomó al punto su partido.

— ¡Paso, paso! — gritó rudamente Loignac.
— ¡paso al rey!

Borromeo, que había sacado su espada de debajo de su hábito, volvió á envainarla.

Gorenflot, electrizado por los gritos y por el ruido de las armas, deslumbrado por la luz de las antorchas, extendió su diestra poderosa, y estirando su dedo índice y el del medio, bendijo al rey desde su balcón.

Enrique, asomado á la portezuela, le vió y le saludó sonriendo.

Aquella sonrisa, prueba auténtica del favor que el digno prior de los Dominicos gozaba en la corte, electrizó á Gorenflot de tal suerte, que entonó tam-

bién un ¡viva el rey! con una fuerza de pulmones capaz de desplomar los arcos de la más soberbia catedral.

Pero el resto de la comunidad permaneció mudo, lo cual no era de extrañar, puesto que esperaba otra solución á aquellos dos meses de ejercicios y á aquel armamento que había sido su consecuencia.

Pero Borromeo, como buen veterano, había calculado con una rápida ojeada el número de defensores del rey y reconocido su continente guerrero. Por otra parte, la ausencia de los partidarios de la duquesa revelaba la suerte fatal de la empresa, y conoció que vacilar en someterse sería perderlo todo. Así pues, en el momento en que el caballo de Loignac iba á chocar con él, gritó: ¡viva el rey! con voz casi tan sonora como la de Gorenflot.

Entonces la comunidad contestó en coro: ¡Viva el rey!

— Gracias, reverendos padres, gracias, — dijo Enrique III á los frailes.

En seguida pasó por delante del convento, que debía ser el término de su carrera, como un torbellino de fuego, de ruido y de gloria, dejando tras sí á Bel-Esbat sumido en obscuridad profunda.

La duquesa entretanto, desde su balcón, y oculta por el escudo de hierro dorado detrás del cual había caído de rodillas, veía, interrogaba, devoraba cada uno de los rostros en que las antorchas reflejaban su luz centelleante.

— ¡Ay! — exclamó señalando á uno de la escolta, — ¡mirad, Mayneville!

Este gritó á su vez:

— ¡El mensajero del duque de Mayenne al servicio del rey!

— ¡Estamos perdidos! — dijo la duquesa.

— Es preciso huir, y pronto, señora, — dijo Mayneville; — vencedor, el Valois abusará mañana de su victoria.

— ¡Hemos sido vendidos! — exclamó la duquesa. — ¡Y por ese joven! ¡Lo sabía todo!

El rey estaba ya lejos; había desaparecido con toda su escolta por la puerta de San Antonio, que se abrió al aproximarse y se cerró después de darle paso.

IV

Como Chicot bendijo al rey Luis XI por haber inventado la posta y resolvió aprovecharse de esta invención.

Chicot, de quien con permiso de nuestros lectores volveremos á hablar, después del importante descubrimiento que acababa de hacer desatando las cintas de la careta del señor de Mayenne, creyó no debía perder un instante para ponerse á salvo de los resultados de aquella aventura.

Como se comprende muy bien, el combate entre